

PAMPLONA, CAPITAL DESCAPITALIZADA

*Angel Rekalde**

*Las cosas son depósitos de memoria; las cosas cuentan un relato;
las cosas son en sí mismas un manual (Santiago Alba Rico)*

Iruñea, capital descapitalizada. Incluso, diríamos, capital decapitada, si lleváramos al límite el juego de palabras. Lamentablemente no se trata de ningún juego. Ni de palabras, ni de otras circunstancias. Iruñea, Pamplona, la capital histórica de Navarra, lleva tiempo sometida a un duro proceso de descapitalización, si entendemos como capital de una ciudad su capacidad de recrearse a sí misma; ese conjunto de bienes patrimoniales que reúne su identidad y personalidad, sus riquezas arquitectónicas, urbanísticas, históricas, en resumen, todo aquello que le da carácter y significado para su población, gracias a lo cual esta se siente orgullosa de vivir en ella y formar parte de su convivencia.

En una larga serie, que revela una voluntad sistemática, podemos recitar de memoria la secuencia de desaguisados que se han cometido en esta ciudad: la destrucción del complejo arqueológico (de época romana, medieval, musulmana, vascónica...) de la Plaza del Castillo; el vaciado de distintos yacimientos históricos (durante la excavación de los parkings de la Plaza de Toros, plazuela del Rincón de la Aduana, calle de la Merced...); el derribo del frontón Euskal Jai, emplazado en la calle San Agustín, joya de la arquitectura modernista, escenario privilegiado de la pelota vasca; la reforma (y vaciado) del Palacio de los Reyes de Navarra; la destrucción de las huertas de Aranzadi, la obra del molino de Catarroso; la desaparición del adoquinado histórico... La serie se prolonga y se podría ampliar con temas de distinto calado (borrado del euskera del callejero, la inmatriculación de edificios y propiedades por parte de la Iglesia, desaparición de la CAN...).

No estamos ante la transformación urbanística de la ciudad, que conlleva su coste inevitable de destrozos y pérdidas. En todas estas agresiones contra bienes del patrimonio cultural e histórico se percibe una voluntad envenenada, un desprecio al significado del mismo. Porque si algo especial tiene el patrimonio es que es significativo; es decir, que expresa un sentido, que narra, que cuenta un relato. En concreto, que habla del pasado que ha sido, y que constituye esa población que somos.

Aquí encontramos la clave de ese fenómeno insólito. Porque Pamplona ha sido una ciudad histórica de primer orden. Durante muchos siglos fue la capital de un reino, Navarra, país independiente y soberano, que está en nuestros orígenes. Un Estado que surgió en su espacio natural, habitado y defendido por su población vasca. Un pueblo

que vivió con sus tradiciones de auzolan, batzarre y otros elementos propios. Una tierra vinculada a su cultura. A su idioma, el euskera, la *Lingua navarrorum*. Todo ello es lo que transmite el patrimonio que caracteriza a nuestra ciudad, un valor cultural y urbanístico que es objeto de esos atentados y destrucciones, y que desgraciadamente va desapareciendo.

Como decimos, cuando se borran esas señas significantes, Iruñea pierde color y pasa de capital de reino a convertirse en oscura población de provincias. Es otra de las claves; no hay que encogerse de hombros y suponer que esto que ocurre en Pamplona es una lástima, una mala gestión ciudadana; un problema local. Si se destruye ese patrimonio es por su carácter de capital histórica de un territorio. De este país. Es decir, por su significado político. Por su naturaleza de símbolo nacional. Se despoja a la ciudad de su personalidad y su dimensión de capital de Navarra, un reino histórico, real, y con ello se hace desaparecer en el imaginario de la población (de todo el país) la evidencia y la potencia nacionalizadora, creadora, de esa memoria histórica, visible y reconocible en ese patrimonio estatal: palacios reales, instituciones soberanas, cultura y lengua nacional, sucesos y acontecimientos que sitúan el origen de muchos conflictos actuales, reconocimiento de esta población en cuanto comunidad política, capacidad de acción y decisión como sujeto...

Ello nos lleva al verdadero centro del problema: que se destruye sistemáticamente un conjunto de significantes históricos, artísticos, culturales... de una nación. Y en su lugar más simbólico y destacado. Es una destrucción deliberada y calculada de todo el país, un intento de genocidio cultural, un ataque a la existencia de esta población; a todo lo que la constituye y le da significado: su lengua, sus instituciones, su universalidad, su soberanía. Se borra el pasado y con ello la memoria de la identidad.

De paso, con ello se lamina ese elemento esencial que motiva y define a las ciudades, el orgullo de sus habitantes. ¿De qué nos vamos a enorgullecer, si no vale nada? Si nuestros vestigios más significativos se arrojan a un basurero, si un parking comercial o un contrato con El Corte Inglés vale más que siglos de presencia, ¿quién se va a sentir orgulloso de formar parte de esta ciudad o de su cultura?

Un poco de historia

Como toda ciudad, Pamplona es un centro de población que se caracteriza por las funciones que presta a su entorno, a veces con un alcance extra-regional, circunstancia que permite la articulación del territorio concreto a su alrededor. Ello no surge por casualidad ni se da por capricho. Las circunstancias históricas determinan este fenómeno.

Mikel Sorauren, historiador, explica el origen de este núcleo ciudadano. “Iruñea, Pamplona, Pampelune, surgirá como realidad urbana por iniciativa del romano Pompeyo.

No era en origen sino un campamento estable, creado con ocasión del conflicto que enfrentaba a las facciones aristocrática y plebeya de Roma, en los tiempos finales del periodo republicano”. Este enfrentamiento dio lugar al “Imperio autoritario, momento de mayor expansión y proyección del poder y cultura romanos”. A partir de entonces, Roma reforzó su presencia en esta zona de Europa occidental, en un espacio que abarca desde el curso del Garona hasta la cordillera Ibérica y Golfo de Bizkaia, como consecuencia de la actuación de la facción popular, de la mano del general romano Sertorio, antiguo colaborador de Mario. En este territorio Sertorio intentaba resistir frente a la dictadura patricia de Sila. Buscó el apoyo de la población autóctona, a pesar de que en su condición de romano miraba también al dominio del país. En todo caso las autoridades lo consideraron enemigo, por oponerse al poder oficial de Roma. En estas circunstancias Pompeyo contactó con los vascones del Pirineo occidental y consiguió su apoyo. Sertorio, en cambio, encontró la ayuda de los habitantes del Pirineo central, en torno a Osca (Huesca). En este escenario se produjo el enfrentamiento entre ambos generales romanos, un hecho que abrió la relación del mundo vascón -ausko-aquitano- con Roma y la introducción de la cultura urbana en este área de Europa occidental.

La primera localización de un campamento romano en el emplazamiento de Iruñea está datada en el año 75 anterior a la era actual (-75 a.e.a.). Para entender el valor de su posición digamos que Pamplona se encuentra en la intersección de diversos valles prepirenaicos, donde convergen entre distintas sierras, desde el macizo viejo de Oroz-Betelu hasta Saioa, Alaiz al sur, o las alturas de Erreniaga e Izaga, y al fondo se adivina Sakana entre Aralar y Andia. El corredor del valle de Egües nos traslada a la depresión intrapirenaica, lo que facilita la comunicación desde la llanada alavesa con el Canal de Berdún, Jaca, Huesca y finalmente Lleida y Cataluña. También los pasos del Carrascal o Ezcabarte confluyen sobre Pamplona y facilitan el acceso con el Valle del Duero y el occidente peninsular hacia el oeste, y la Depresión del Ebro hacia el este, o con Aquitania y la gran llanura europea por el norte.

Los romanos abrieron las principales calzadas a través de este espacio. Sobre Iruñea confluían los dos tramos de la Vía aquitana, desde Burdeos a Astorga, y otras que llegaban del valle del Ebro y que alcanzaban la costa cantábrica en la zona de Irun y bahía de Pasajes. Estas rutas formaban parte de la red de calzadas interregionales del imperio. El territorio circundante en muchas leguas ofrece una convergencia natural hacia la Cuenca de Pamplona. Es conocida la existencia de unos 400 kilómetros de calzadas romanas que recorren el espacio de la actual Euskal Herria, lo cual permite deducir la importancia y profundidad de la romanización en esta tierra.

Con todo, este territorio presentaba otras cualidades que lo hacían apreciable para los romanos. Las condiciones agrícolas de esta tierra, climáticas, hidrológicas, edafológicas, ofrecían un escenario sumamente prometedor. La civilización romana se basó en un sustrato económico de carácter agrícola. Es posible que existiera una agricultura cerealista en el país antes de la llegada de Roma. Pero la llegada del modelo romano, con

su avanzada tecnología, organizó el territorio vasco y estructuró el fundamento de su economía hasta la Edad Contemporánea.

La romanización se concretó en las calzadas, constitución de núcleos de población con forma urbana y el surgimiento de villas rústicas. La transformación urbana que generó la presencia de la civilización de Roma representa el avance de mayor significado histórico en la existencia del pueblo vascón, y puso sus bases para posteriores avances históricos, como fue siglos más tarde la organización de un Estado propio, garantía de defensa y supervivencia colectiva.

Pamplona: los tres Burgos

Desde la creación del Estado (primero ‘reino de Pamplona’; transformado en Navarra en el siglo XII), esta ciudad fue el eje de la organización social y política de la población vascona, desde el siglo VIII hasta la edad contemporánea. Aunque en alguna época los reyes trasladaron su corte a otros lugares (residencia en Leire, corte en Naiara-Nájera...), la ubicación de las principales instituciones del reino se mantuvo siempre en Iruñea: el episcopado con su catedral, la Cámara de Comptos, el Palacio de los reyes...

Un factor decisivo para el desarrollo urbano en esta parte occidental de Europa fue el conocido Camino de Santiago. Se trataba de un conjunto de rutas con origen en los más diversos puntos de esta Europa y que tomaban la dirección de Santiago de Compostela, lugar donde se hallaba el supuesto sepulcro del apóstol Santiago el Mayor, en el punto más occidental del continente, sobre el mismo Océano Atlántico. Estas rutas recorren las viejas Galias y se dirigen hacia el Pirineo. Atraviesan la cordillera por dos puntos: Orreaga -Roncesvalles- y Somport. Estas dos vías principales se unen en Gares -Puente la Reina-, de aquí se dirigen a Estella, Logroño, etc. Este camino sigue en parte la vieja vía aquitana de los romanos, que la monarquía navarra desvió por la zona de Estella y Rioja, con el objetivo de fortalecer el control sobre estos espacios. Sobre esta ruta surgieron los burgos más conocidos. En Navarra, Estella, Sangüesa, San Cernín... Sus pobladores eran identificados como francos, expresión que se refiere a su presunto origen, y también a su status jurídico de persona libre, no sometida a señorío. Estas gentes ocuparon los burgos pamploneses; más en concreto, San Cernin, el burgo por antonomasia, y San Nicolás, la Población, de menor tamaño.

De este modo la ciudad se organizó, durante muchos siglos, en torno a tres núcleos o poblamientos bien distintos y, a menudo, enfrentados. Junto a San Cernin y San Nicolás, la Navarrería comprendía el espacio situado en torno a la Catedral. Se trataba del tercer burgo, habitado por la población natural del país, los vascones. Se extendía desde el Palacio Real hasta la propia catedral; en principio no debía rebasar la confluencia de las calles de la Curia, actual Mañueta y otras, en donde se señala la presencia de un pequeño núcleo denominado a veces como burgo de San Miguel. En las proximidades han sido

hallados restos de las murallas romanas, que puedan ser residuos de las destruidas por Carlomagno y constituyeron la ciudad episcopal en la Alta Edad Media. Era un pequeño núcleo de población que aglutinó aquel primer reino de Pamplona y contra el que los ejércitos musulmanes de los omeyas cordobeses dirigieron sus aceifas y expediciones de castigo hasta tiempos cercanos al año 1000 e.a.

El enfrentamiento abierto entre los burgos duró varios siglos y tuvo momentos de gravedad excepcional. El hecho de mayor relieve ocurrió en 1272, tras la muerte de Henri de Champagne, siendo heredera la reina Juana, casada con quien será rey de Francia Philippe IV le bel. Fue la rebelión de la Navarrería. La guerra acabó con la destrucción total de este burgo, que no sería reconstruido hasta muchos años más tarde.

Iruñea fue así el núcleo romano que articuló aquel Estado que organizaron los vascones tras siglos de resistencia frente a visigodos y francos -germanos- y musulmanes luego. El Estado de Navarra se definirá también finalmente como cristiano, después de la ambigüedad que aparece en los miembros de la familia Arista, vinculada a los Banu-Casi, musulmanes del Ebro. En definitiva ese sería el camino de toda Europa occidental, en un rasgo -el catolicismo romano- que constituirá la seña de identidad europea a lo largo del periodo medieval. ¿Qué circunstancias favorecieron esta preeminencia de Iruñea en frente de otros centros urbanos creados por los romanos? Tal vez resultó decisiva la concentración de calzadas y comunicaciones que confluían sobre este punto; además, por supuesto, de otras condiciones agrícolas de producción ya comentadas. Por este punto pasaron los invasores germanos y a él se dirigió el mismo emperador Carlomagno, cuando pretendió implantar su dominio en esta parte de Europa.

El saqueo de la memoria

Como decíamos al comienzo de este texto, la política de las autoridades actuales se dirige a hacer desaparecer los elementos que remiten a un recorrido histórico lleno de significado, es decir, a borrar la memoria de la ciudad y difuminar su personalidad. El filósofo Santiago Alba Rico explica que “las cosas son depósitos de memoria; las cosas narran un relato; las cosas contienen en sí mismas un manual...” En efecto, los restos y vestigios que abundan en Pamplona son depósitos de su memoria y transmiten el relato de su pasado. Esa narración, que choca con el argumentario del grupo político en el poder, es el objetivo de las políticas urbanísticas de los últimos años.

Como explica el historiador Joseba Asiron, esta destrucción de la memoria comenzó desde la misma conquista de 1512 a manos de las tropas del duque de Alba. “A las murallas de piedra de 1512 se sucederán ahora otros tipos de muros, políticos, ideológicos e incluso psicológicos. Y esto pasa, indefectiblemente, por destruir sus señas de identidad, por anular su recia y marcada personalidad. Convertir Pamplona en una ciudad perfectamente asimilable a los patrones españoles más comunes”.

Desde esa fecha, el primer elemento perseguido con saña fue el propio idioma del país, el euskara, cuyo aprecio por la población es ignorado, cuando no abiertamente castigado. En la actualidad una muestra visible de esta persecución la encontramos en el callejero, el nombre de las calles, o en la rotulación de la ciudad, que rebaja al euskara a la categoría de idioma extranjero, minimizándolo o ignorándolo, a pesar de que es el idioma privativo y original de la capital desde sus tiempos más remotos. Esta negación de las señales de identidad y este auto-odio institucional, absolutamente inédito en Europa, son la muestra más evidente de la colonización y la aculturización a la que estamos sometidos como pueblo.

Pero quizás donde se ha visto con más nitidez la voluntad etnicida de esta política fue la invisibilización del pasado de Iruñea, llevada al terreno de su pasado arqueológico. La política de aparcamientos subterráneos llevada a cabo por los gobiernos municipales de UPN han convertido Pamplona en el paraíso de lo que eufemísticamente se llamó "vaciado arqueológico".

Durante años las reformas habituales del ordenamiento urbanístico cotidiano han dado pie a numerosas obras, excavaciones y movimiento de tierras. Esta circunstancia ha sido aprovechada sistemáticamente para destrozar los depósitos arqueológicos que una ciudad con el pasado de Pamplona revela cada vez que se excava en algún sitio. “Los parkings abiertos (detalla Joseba Asiron, doctor en Historia) en la Plaza de Toros (1990), plaza de San Francisco (1992) y Rincón de la Aduana (1997) se llevaron por delante importantísimos restos, pero fue en la Plaza del Castillo (2002) donde la barbarie institucional alcanzó su punto álgido. La manera en que se inició la obra, en plena resaca sanferminera y sin previo aviso, todavía de noche, dan buena muestra del talante de esta gente y del espíritu que les guiaba. La cateta política de Yolanda Barcina, desoyendo los dictámenes de los expertos (...), impulsó así la construcción de un aparcadero en el corazón mismo de la ciudad”. El rechazo social y las protestas populares contra esta operación urbanística marcaron un hito en la vida social de la ciudad. Una recogida de firmas reunió 24.000 adhesiones en contra de la continuación de las excavaciones descontroladas. Fueron absolutamente ignoradas por la alcaldía.

Para que entendamos de qué estamos hablando, digamos que en el mayor depósito arqueológico de la ciudad, cuando en cualquier yacimiento los investigadores trabajan minuciosamente con una brocha y un buril, los obreros entraron con maquinaria pesada. “Las excavadoras y las perforadoras –explica Asiron-, para ello, hubieron de destrozar buena parte de la Pompaelo romana, incluyendo un tramo de muralla de casi cien metros de largo, antiguas conducciones, pavimentos y las mayores termas romanas del norte peninsular. Los restos del barrio medieval de Zurrriburu y del convento de Predicadores, dos necrópolis superpuestas, una musulmana y otra cristiana, así como otros muchos restos de época medieval, moderna y contemporánea. Se marchaba así para siempre, víctima de la soberbia y de la necedad más osada, el mayor yacimiento arqueológico

hallado en Pamplona en todos los tiempos, así como la posibilidad de haber tenido el mejor museo de la historia de la ciudad que hubiéramos podido imaginar”.

Por si hubiera dudas de la voluntad que animaba este procedimiento, los materiales hallados fueron arrojados a un basurero. “Un peritaje independiente llegó a calificar las actuaciones de la plaza del Castillo como "expolio cultural", hecho que quedó bien demostrado cuando se descubrieron multitud de restos procedentes de dicho yacimiento tirados como basura en la escombrera de Beriain. El frustrado amago por construir un parking más, proyectado en la zona de San Fermín de Aldapa (2004), es decir en la colina más antiguamente poblada de Pamplona, no hace sino confirmar este desprecio por el propio pasado, sin olvidar el más que evidente despilfarro de dinero, realizado con cargo a las arcas públicas” (J. Asiron).

El expolio arqueológico se vio bien asistido por la llamada galería de servicios, que se ejecutó abriendo en canal las calles de la ciudad antigua, ignorando que eran terreno arqueológicamente sensible. Vaciados arqueológicos como los llevados a cabo en la calle de la Merced (2004) dan fe de ello.

Por otro lado, y como han destacado muchos autores, si el gran patrimonio histórico constituido por fortificaciones, palacios o catedrales simboliza lo extraordinario, los grandes hechos históricos, la cotidianidad de la rutina diaria y la vida íntima de la gente viene representada por el mobiliario urbano, por los pequeños detalles. Este “patrimonio menor”, constituido por elementos tan simples y personales como pavimentos, bancos y fuentes, también ha sido salvajemente expoliado por los gobiernos municipales del tardofranquismo.

“Pamplona contaba con un pavimento propio y genuino –explica Asiron-, un adoquín datable hacia 1750, que se identificaba con la historia de la ciudad y que constituía un arraigado signo de identidad. Su proyectada eliminación (1996) es, en este sentido, sumamente significativa. Se argumentó su supuesto deterioro, obviando que muchos tramos no se habían reparado probablemente nunca, y se quiso sustituir en su totalidad por una losa plana totalmente extraña en la ciudad. Por plantear una analogía asimilable, deberíamos pensar qué reacción habría en la ciudad italiana de Siena si algún edil iluminado planteara eliminar los adoquines de ladrillo rojo de su Piazza del Campo por losas grises nuevas y extrañas. Esto es, precisamente, lo que el equipo de gobierno de Yolanda Barcina quiso hacer en Pamplona”.

En este caso la reacción popular fue de tal calibre que hubieron de reformular el proyecto. En algunas de las calles se incorporaron al proyecto los viejos adoquines, poniendo entonces en claro las mentiras oficiales: todo el mundo pudo ver y comprobar que los adoquines tan solo necesitaban un mínimo mantenimiento para seguir en su lugar durante, al menos, otros trescientos años, en un perfecto estado de conservación y con un aspecto visual impecable.

“Pero también en esta ocasión los manejos y los oscuros negocios saltaron finalmente a la luz. A pesar de que desde el consistorio se aseguró que tan solo los adoquines deteriorados serían retirados, al poco tiempo adoquines pamploneses en perfecto estado de conservación inundaron el mercado de ocasión de mercachifles y chamarileros. Así, por ejemplo, en el conjunto histórico de Igartza (Beasain, 2007), reaparecieron 8.400 adoquines de Pamplona, y con un aspecto inmejorable además. Al parecer, fueron adquiridos por el ayuntamiento guipuzcoano a un particular de Pamplona, al precio de 5 euros el adoquín. Es decir que, lo que Barcina y su equipo consideraban inservible, en Beasain alcanzaba el nada desdeñable precio de 40.000 euros. Barcina prometió investigar lo ocurrido, pero abandonó la alcaldía sin aclarar quién rechazó los adoquines, quién autorizó su venta y, por supuesto, quién se benefició de la operación y a dónde fue a parar el dinero. Más tarde un segundo filón de adoquines aparecería en un palacio particular situado en Olza (2011), formando una calzada de unos 40 metros de largo, acrecentando la sospecha de que este trapicheo habrá sin duda llegado a otros pagos” .

El informe de Joseba Asiron destaca asimismo la desaparición de las fuentes del león, un elemento ornamental, presente en las calles de Iruñea desde hace un siglo, y que constituían en sí mismas un signo de identidad arraigado en la memoria colectiva de la ciudadanía pamplonesa desde su infancia. El caso de estas fuentes, desaparecidas por docenas del centro de la ciudad para ser sustituidas por modelos nuevos e impersonales, puede ilustrar muy bien el trato recibido, en general, por el mobiliario urbano propio de la ciudad.

Este maltrato institucional llegó también a la edificación propia de Pamplona. Todavía hoy se derriban edificios con varios siglos de antigüedad y se reedifican de nueva planta y con nuevas fachadas, sin un criterio previo y a menudo con soluciones externas que no respetan la tradición ni el entorno. Docenas de casos salpican el plano del casco antiguo o del primer y segundo ensanche.

Palacio de los Reyes de Pamplona

Caso paradigmático de esta actuación, con proyección política y de ideario, lo encontramos en una de las principales obras de la ciudad, la intervención en el Palacio Real de Pamplona. Reformado en 2003, se trataba de un edificio medieval, románico en origen, maltratado por el ejército español durante muchos años, pues lo convirtió en residencia cuartelera y lo desfiguró durante décadas, hasta dejarlo prácticamente irreconocible. Después de aquello, un largo período de abandono intencionado garantizó que alcanzara un grado de ruina suficiente como para justificar una intervención radical y sin control de ningún tipo. “Se obviaron los restos románicos y góticos y se construyó prácticamente *ex-novo*, envolviendo el edificio con unos cierres de losa inéditos en la

ciudad, y hasta dotándole de un volumen cúbico de nueva planta, hueco por dentro y totalmente ineficaz, al que tuvieron la humorada de denominar “torre” .

“El Palacio Real de San Pedro, Palacio Real y Episcopal de San Pedro, Palacio Real, que de las tres formas se conoció, se comenzó a construir durante los últimos años del reinado de Sancho VI el Sabio, en 1189. La denominación de San Pedro se debe a la iglesia que había en el lugar, donde hoy está la de san Fermín de Aldapa. Hasta la conquista y ocupación iniciadas en 1512 fue sede de los reyes de Navarra, aunque compartida en diversas épocas con otras como las de Estella y Olite” .

Este edificio, que fue residencia principal de los reyes de Navarra durante muchos siglos, y que podía haber sido objeto de una restauración científica y bien documentada, fue entregado a uno de los divos de la arquitectura oficial, a quien se dio libertad para hacer lo que quisiera con él. Ni siquiera se respetó su nombre originario, Palacio Real de San Pedro de Pamplona. En la actualidad está registrado como “Archivo Real y General de Navarra”. Es una buena muestra de las políticas que se están aplicando en este terreno del patrimonio histórico. Una negación más de nuestro pasado.

Como explica el escritor Luis M^a Mtz Garate, del grupo Nabarralde, “hoy en día el edificio del Palacio, tras la reconstrucción realizada por el arquitecto Rafael Moneo en 2003, acoge el Archivo de Navarra. Esta remodelación fue selectiva. Se mantuvieron elementos originarios, se derribaron otros y se construyeron nuevos. En ningún momento se pretendió recuperar un edificio que fue el lugar ocupado por la más alta institución del Estado de Navarra: sede de sus reyes”.

“Iruñea ha sido la capital del Estado de los vascos –concluye Luis M^a Mtz Garate - y sede de sus principales instituciones. Por eso existe este palacio real. Porque era un Estado soberano y, en la época en que se inició su construcción, el rey era el símbolo de esa soberanía”.

Recapitulación

Aunque los elementos centrales de la esperpéntica situación generada por las autoridades navarras están expuestos, merece la pena acabar este texto con unas claves que ayuden a las personas que no conozcan el país o lo contemplan desde la distancia.

El partido que controla las instituciones es UPN, Unión del Pueblo Navarro, un partido regionalista ultraconservador, de extrema derecha, beneficiario de la complicidad y la vista gorda del Estado español en la medida en que actúa como principal instrumento de su política de castigo y dominio sobre la población vasca. En el ambiente, no lo olvidemos, flota el mal llamado ‘conflicto vasco’, enfrentamiento de largo recorrido que

hunde sus orígenes en la conquista de este país a manos del Imperio español. De esta conquista derivan los enfrentamientos y desencuentros en clave de lengua (euskara y castellano), cultura, voluntad, instituciones, violencia...

A falta de ideario presentable, los dirigentes de UPN se limitan a congregar a sus seguidores al grito de ‘que vienen los vascos’, como si la población local (vascona de origen) fuera extraterrestre y la vecina -la de la CAV- estuviera compuesta de salvajes hordas de depredadores.

Esta estrategia xenófoba se ejerce, además de estas actuaciones, en otros tipos de prohibiciones. Ejemplos de ello son la persecución de la ikurriña –como si la bandera vasca de la Autonomía vecina fuera un arma subversiva-; o la anulación de la señal de la televisión vasca y el derribo de sus repetidores; en este país se pueden seguir las emisiones de Al Jazeera, BBC, canales americanos, rusos, ingleses, noruegos, sudafricanos, israelíes... Pero no la EITB vasca. Los ‘peligrosos’ partidos de pelota vasca fueron suprimidos de esta forma de las pantallas navarras, que era donde más seguimiento encontraban. El grupo EA, que pagó de su erario una emisora clandestina, fue procesado y multado por ello. La emisora de radio Euskalerrria Irratia, que emite íntegramente en euskera desde la propia capital, Pamplona, es alegal, sin cobertura institucional, y sobrevive sin ayudas, de modo militante, sin reconocimiento empresarial... La lengua vasca está ilegalizada en amplias zonas del territorio navarro (aunque en documentos reales del siglo XII se le menciona como ‘lingua navarrorum’, la lengua de los navarros). Etc.

Todo ello nos ayuda a comprender que lo que se esconde detrás de estas operaciones inmobiliarias y urbanísticas que están destruyendo el patrimonio de la ciudad tiene una lectura inmediata. Como decía Santiago Alba, las cosas son depósitos de memoria; cuentan un relato... Y en la polémica de que vienen o no vienen los vascos, la ciudad transmite por sus cuatro costados que es la capital vasca por excelencia. Su historia, su legado político, sus monumentos, su toponimia... todo ello habla con voz nítida. Es Pamplona, la capital de un Estado vasco, independiente, que se fundó en el año 832, fue conquistado en parte en 1200; en 1512; que mantuvo su carácter de reino hasta 1876, y que mantiene su memoria de país, lengua, cultura y pueblo.

Esta memoria y este legado es lo que se destroza a diario en estos demenciales atentados.

Bibliografía

Martínez Garate, Luis María: “Síntesis de la historia de Navarra”. Pamplona-Iruñea 2010. Nabarralde.

Sorauren, Mikel: “Historia de Navarra, el Estado Vasco”. Pamplona-Iruñea 1998.

Editorial Pamiela.

Haria, Pamplona-Iruñea, 2014, Nabarralde: **Joseba Asiron**, “*Pamplona capital*”; **Humberto Astibia** *Aierra Breves ideas sobre patrimonio y paisaje*; **Luis María Mtnz. Garate** *Un palacio llevado a menos*; **Mikel Sorauren** *Pamplona: historia de la ciudad, sus edificios e instituciones*; **Jokin del Valle** *De los vínculos del paisaje y del patrimonio*.

* *Licenciado en Sociología y Ciencia Política, Doctor en Periodismo. Miembro del colectivo Nabarralde.*

Pompey-iluna: la ciudad de Pompeyo literalmente. Iluna es Iruña –ciudad- en euskara arcaico.

Mikel Sorauren: “Pamplona: historia de la ciudad, sus edificios e instituciones”.

Joseba Asiron, “Pamplona capital”, Haria, Nabarralde, 2014.

Joseba Asiron, “Pamplona capital”, Haria, 2014.

Joseba Asiron, “Pamplona capital”, Haria, 2014.

Luis M^a Mtz Garate, “Un palacio llevado a menos”.

CAV: Comunidad Autónoma Vasca. El territorio histórico vasco está dividido por los Estados español y francés en tres ámbitos institucionales (por lo menos): la CAV; la CFN o Comunidad Foral de Navarra, de la que trata este artículo; y el territorio bajo dominio francés –coloquialmente llamado Iparralde-, sin circunscripción institucional propia, pues se encuentra diluido en el Departamento de Pirineos Atlánticos.